

Revista de Libros

***El psicoanalista y la verdad.
Uso clínico del sentido de
verdad en la práctica del
psicoanálisis y de las
psicoterapias en general.***

Jaime M. Lutenberg

Ed. PubliKar, Buenos Aires,
1998

El libro de Jaime Lutenberg *El psicoanalista y la verdad. Uso clínico del sentido de verdad en la práctica del psicoanálisis y de la psicoterapia en general*, tiene una peculiaridad especial: su lectura suscita una especial sensación de libertad, movimiento y apertura dado por el constante transitar entre las teorías psicoanalíticas, la filosofía, las reflexiones personales y la transcripción de experiencias clínicas que tienen su correlato en el sentido de apertura a lo desconocido que es el eje filosófico-conceptual que recorre el libro.

A modo de la teoría de los fractales voy a tomar para comentar ahora el primer capítulo del libro y su final, ya que su contenido es un permanente desarrollo y entrelazamiento de los conceptos incluidos en ellos.

El primer capítulo se titula “Perspectiva filosófica de la ver-

dad” y está subdividido en varios acápites.

El primero versa sobre la “Verdad Filosófica y el Psicoanalista”.

El autor rastrea los orígenes presocráticos del concepto a través de Heráclito y Parménides y sus respectivas y opuestas visiones de la naturaleza del ser o ente.

La concepción del constante cambio en el primero, frente a la de inmutabilidad en el segundo hace que Lutenberg se pregunte: ¿qué es lo que el psicoanalista tiene como punto de vista para considerar a su analizando? Aquello que ve que ES o lo que nunca fue y le resultó invisible siempre, disyuntiva preñada de importantes resonancias y consecuencias en la práctica y ética del analista así como en su vínculo interno con el conocimiento.

Para aprehender las diversas acepciones del concepto de verdad, piensa que para un psicoanalista le es más útil reconstruir la evolución del concepto en la filosofía a través del tiempo que considerar los diversos criterios vigentes.

Así llega al concepto de verdad ligado al ser no como cosa en sí, sino como despliegue, dialéctico en el caso de Hegel o hacia el devenir o el futuro en caso de

Heidegger, relacionándolo con la dinámica propia del diversificarse de la mente de un sujeto a través del proceso del vínculo transfereencial en el encuadre analítico.

El segundo punto se titula “La verdad divina y la verdad científica”.

A través de la evolución del hombre, rastrea los mitos y las religiones primitivas como forma de control de la naturaleza, la vida, la procreación y la muerte adjudicando finalmente el conocimiento y la consiguiente verdad sobre los acontecimientos del mundo a los dioses, estableciendo de esa forma el principio de causalidad con ellos como referentes.

Con el establecimiento de las religiones monoteístas se centraliza en ellas el conocimiento posible, junto a los criterios de verdad que emanan exclusivamente de la deidad y sus testimonios sagrados.

En un ameno recorrido sobre los cambios cruciales entre los siglos XV y XVII que incluyen desde el descubrimiento de América hasta la revolución copernicana, analiza el poderoso control gnoseológico, económico y político ejercido por la institución religiosa.

Arriba a lo que considera la revolución epistemológica encarnada en Galileo, quien reivindica la verdad científica fruto de la actividad de los hombres, basada en

la observación, la investigación y el razonamiento matemático. También establece la conjetura y la posibilidad de error como intrínseco a la indagación y actividad científica, apartándose de la omnisciencia divina como única vía de acceso al conocimiento y su verdad.

El tercer punto se refiere al concepto clásico de verdad, la verdad proposicional que desde Aristóteles en adelante se define como la correspondencia entre el juicio y las cosas, la concordancia.

Luego de referirse al sentido que el vocablo tenía para el griego antiguo —dejar ver algo que estaba oculto—, considera que este sentido de mostrar lo oculto se devela y es función del lenguaje.

Lo resume siguiendo a Heidegger como 1) el lenguaje de la verdad es la proposición (el juicio). 2) La esencia de la verdad radica en la concordancia del juicio con el objeto. 3) Aristóteles es quien refirió la verdad al juicio como su lugar de origen, así como quien puso en marcha la definición de verdad como concordancia.

Como en todo el capítulo y en toda la obra, Lutenberg persigue como objetivo entrelazar el desarrollo de las tesis filosóficas con la teoría y la práctica del psicoanálisis.

Nos dice que el sentido del len-

guaje para el psicoanalista difiere del sentido que le otorga el filósofo y el lingüista. Es que primero a través de la asociación libre completada luego con la consideración del diálogo psicoanalítico como sede de lo empírico en psicoanálisis, este diálogo se constituye en el foco de todo conocimiento y consecuente verdad.

El psicoanálisis se ocupa de las emociones humanas y su destino en el sujeto y su entorno. El método y la técnica analítica hacen posibles que a través del intercambio de la pareja analítica, las emociones adquieran su presencia fáctica dentro del vínculo.

Esta concepción recorre toda la obra y la expresa de este modo: la verdad psicoanalítica no está en el lenguaje que la describe y descubre, sino en el propio vínculo en el sentido más amplio del término.

Concluye que la verdad proposicional emergente del lenguaje hablado es sólo un carril por donde se puede expresar el núcleo central de la preocupación psicoanalítica, la pulsión.

Recorre las dos teorías tópicas freudianas con sus progresivas complejidades, concluyendo que el yo, hundiéndose en el ello y expresado en el preconciente y la conciencia, no sólo responde a varios amos, sino que posibilita la creación, tendiendo un puente entre historia y futuro.

Sugiere que la interpretación del analista no sólo implica la verdad proposicional sino una alusión a la pulsión que incluye una dimensión artística, en donde según el autor se entrelazan las premisas de la ciencia y el arte.

Quiero citar acá a Wagensberg que explicita conceptos parecidos cuando trata del conocimiento de sistemas complejos y dice: “considero el arte como una forma de conocimiento basado en el principio de comunicabilidad de complejidades no necesariamente inteligibles”. Este autor considera que las tres formas de conocimiento en sistemas de complejidad creciente son en este orden, la ciencia, el arte y la verdad revelada, y describe los principios que las guían.

“Verdad humana: óptica y ontológica”: en este apartado Lutenberg se ocupa de las características específicas de lo humano. Compara el “dasein” de Heidegger con el “ello” de Freud y postula que el pasaje de la primera a la segunda tópica es un cambio teórico revolucionario; el concepto de inconciente de la primera tópica implica un universo de contenidos mucho más restringido que el concepto de “ello” ya que en esta primera concepción se limita el universo de lo deseable por el sujeto a las representaciones inconscientes cristalizadas en el curso de su historia infantil.

El concepto de ello nos abre un universo en el cual figura además del espectro de los deseos infantiles no satisfechos, aquello que nunca ha sido: la potencialidad humana que no se desarrolló hasta ese momento en la historia de ese sujeto. A su entender, a partir de ese cambio de enfoque fueron redefinidas las cualidades totales de la transferencia en particular y de la repetición en general. El eslabón final para este enfoque es el concepto bioniano de infinito O.

Reformula conceptos psicoanalíticos clásicos de la serie contenido-defensa o latente-manifiesto en el lenguaje de Heidegger, encontrando dos niveles de verdad: uno óntico y otro ontológico; en el primero ubica las descripciones psicopatológicas, las defensas, y en el segundo las emociones básicas.

Visto el componente estético involucrado en la interpretación, el conocimiento y el acceso a la verdad, considera el profundo compromiso ético que se despliega en el nivel ontológico.

Tal vez podemos ver con Habermas esta descripción como la razón práctica y la acción comunicativa en el sentido filosófico, que incluye el discurso de la racionalidad, la emoción, el acto estético y el ético.

El libro tiene un desarrollo por momentos desconcertante, tal vez por los súbitos giros de niveles en

los temas tratados, pero siempre impregnado de un interés y originalidad que hacen su lectura sostenidamente cautivante.

Especialmente porque el autor se apoya en el pensamiento de algunos filósofos y epistemólogos, utilizando sus modelos de pensamiento para desde esas perspectivas considerar sistemáticamente la teoría y la práctica psicoanalíticas.

Sus desarrollos se basan en lo fundamental en Freud, Liberman y Bion a quienes revisa exhaustivamente, aunque hace referencias a aspectos parciales de las teorías de otros numerosos autores.

Podemos pensar que sus maestros vivenciales fueron E. Pichón Riviere y D. Liberman y sus referentes teóricos principales Freud y esencialmente Bion, con la insoslayable escala en M. Klein.

Este libro es la expresión de un psicoanalista empeñado en reflexionar y re-pensar la teoría y la clínica del psicoanálisis, más exactamente sobre su propia experiencia y elaboración en esos dos ámbitos.

En el penúltimo capítulo despliega las doce proposiciones de Popper para una nueva ética profesional, basadas en la idea de tolerancia y honestidad intelectual.

Consigue un milagro al recuperar de este autor un sentido nuevo, quien en ese mismo texto en su diálogo con Kreuzer declara su

rechazo y desautorización total al psicoanálisis.

Aplica y dialoga con esas recomendaciones desde los sucesos de la sesión psicoanalítica, integrando la teoría, la técnica y los hallazgos de la experiencia clínica.

Es éste un libro poco convencional en su estructura. Propone un camino al pensamiento del lector que se bifurca y expande. Es

como un inesperado caleidoscopio que contiene en sí mismo la tesis del autor, el conocimiento desplegado al infinito, con la edición de nuevas experiencias del presente hacia el futuro, lado a lado con las reediciones históricas.

Es todo, espero se inquieten y disfruten con su lectura como lo he hecho yo.

Maria Isabel Siquier